

# Relatos San Valentín 2012



La primera vez que la vi

Noelia Amarillo



La primera vez que la vi

Relato San Valentín 2012

Noelia Amarillo

**Relato relacionado con la serie Amigos de Barrio**



*La manera en que se mueve te dejará temblando*  
*Alannah Myles, Black Velvet (Terciopelo negro)*

*Porque la noche es de los amantes*  
*Porque la noche es de la lujuria*  
*Patty Smith, Because the Night*

La primera vez que la vi el sol no brilló con más fuerza, no me sentí como si ella fuera la única mujer en la tierra ni tampoco sentí mis entrañas temblar... En aquel instante vi por primera vez a la mujer de mi vida, y no me fijé en ella.

¿Cómo pude estar tan ciego?

Ha pasado más de un año desde ese instante, y mírame ahora, estoy frente a la puerta de la casa de mi hermano Darío, con las llaves en la mano y sintiéndome incapaz de meterlas en la cerradura.

Totalmente borracho.

Desesperado.

Desamparado.

Desolado.

Me siento como una flor que ha perdido los pétalos, como un cielo sin estrellas, como un río sin agua. Me falta la luz, la ilusión, la misma vida.

La primera vez que la vi, no supe ver quién era, no comprendí que de ella dependería mi felicidad y, ahora lo estoy pagando.

Soy un tipo normal y corriente, al que le gustan las bromas, el cachondeo y... ligar, por eso, aquel treinta de mayo de hace más de un año, al ver a la espectacular rubia que estaba parada frente al escenario, escuchando atentamente al grupo que tocaba en la sala de fiesta, me fui directo a por ella.

Era un verdadero bellezón, tenía una delantera espectacular, un buen culo en forma de corazón, duro y marcado bajo la estrecha minifalda que llevaba, unas piernas tan largas como el infinito y una preciosa melena rubia que le caía hasta el final de la espalda. Me sentí embelesado con ella. Acababa de llegar de Madrid, y tras dejar las maletas en el que sería mi hogar provisional en Torre vieja, pensé... qué mejor manera de estrenar mi nuevo cuarto que con un polvo con esa tía. Y fui a por ella.

¡Qué idiota! Vi una gema brillar e ignoré el diamante que había junto a ella.

Alba, así se llamaba la rubia, era tres años menor que yo, y resultó ser la hija de la cantante de la banda, Sara.

Sara, dulce Sara.

Sara, salvaje Sara.

No puedo evitar apoyarme tembloroso contra la puerta de la casa de mi hermano, no me atrevo a entrar, sé que Darío estará esperando mi regreso, y no quiero que me vea en este estado.

Cierro los ojos e intento serenarme, deseo que el terror frío que se aloja en mi corazón se disuelva como los cubitos de hielo en un vaso de agua tibia, sin dejar rastro. Pero eso no va a suceder. Lo que he estado a punto de hacer esta noche me perseguirá inclemente durante toda la eternidad... Una eternidad que será atterradoramente larga si alguna vez Sara averigua lo que ha estado a punto de pasar esta noche. Porque si eso sucede, verá confirmadas cada una de las palabras que me ha repetido una y mil veces.

Alba resultó ser una joven alegre y divertida, con el mismo gusto por las travesuras que yo, y con la cabeza mucho mejor amueblada que la mía.

Me dio calabazas.

No hubo polvo, no estrené mi nueva cama con ella... ni con ninguna otra.

Me he mantenido célibe durante más de un año... y no me ha servido de nada.

Pasamos la noche bailando y riendo. Hablando y susurrándonos confidencias, sin darme cuenta, sin ni siquiera llegar a imaginar que ella se convertiría en un futuro muy cercano, en mi mejor amiga. En mi más firme aliada.

Me presentó a su madre, la cantante de la banda, compartí copas con ellas, chanzas e historias de la niñez de Alba, y luego, Sara volvió a subir al escenario y la escuché cantar.

Escuché su voz, ronca y profunda, cantando a la noche, a los amantes, a la lujuria... y me estremecí. El velo que cubría mis ojos desapareció y por fin la vi. Vi a la mujer de mi vida sobre el escenario, pero ya era tarde... Siempre había sido tarde.

Sara era puro fuego, un torrente de ardiente lava se coló por cada uno de mis poros con cada nota desgarrada que abandonaba sus labios perfectos.

Su voz era terciopelo negro que acariciaba mi piel, exaltando mis sentidos.

Terciopelo negro posado sobre mi pene, inflamando mi deseo.

Terciopelo negro cubriendo mi cuerpo con una pátina de lujuria que me privó hasta del mismo aire que necesitaba para respirar.

Sara era noche, pasión y sinuosa sensualidad sobre el escenario. Su larga melena, negra como el ónix más puro, volaba alrededor de su cara de rasgos duros y marcados. Sus ojos, oscuros como nubes tormentosas, estaban entornados mientras su boca se movía voluptuosa con cada nota de su canción. Aferraba el micrófono con ambas manos, lo acariciaba con sus dedos largos y delgados, pegaba sus labios a él, y susurraba palabras que abrasaban mi polla, que se enroscaban en mi pene como una cinta de terciopelo negro, apresándome con pasión en la dúctil humedad de su garganta.

Imaginé esos labios posados sobre mi verga, incendiándola, paladeándola... me imaginé llenando por completo su boca. Y me corrí.

Como un adolescente inexperto, como un tonto enamorado, como un idiota incapaz de controlarse.

El sonido de los aplausos a mi alrededor me despertó de la ensoñación erótica en la que me había sumergido. Parpadeé intentando volver a la realidad, y vi su sonrisa. Y me enamoré. Me enamoré ella sin condiciones, sin escape, con la fuerza que da el descubrir frente a ti a la única mujer que te hace desear ser suyo, para siempre, en cualquier circunstancia.

¿Puede el destino ser más cruel?

Se supone que cuando el amor de tu vida se presenta ante ti, escuchas música celestial, te tiembla todo el cuerpo, y sientes arder las entrañas... Yo sentí todo eso demasiado tarde. Lo sentí dos horas después de intentar ligar con Alba, con la hija de la mujer de mi vida. De Sara.

Cierro los ojos y trago saliva, aún estoy en el descansillo de la casa de mi hermano, asqueado por lo que he estado a punto de hacer. Borracho, destrozado, deseando seguir bebiendo hasta que la oscuridad se cierna sobre mí y consiga hacerme olvidar a Sara... No. A Sara nunca. Quiero olvidarme de mí, de esta noche, de esta sensación de repugnancia que recorre mi cuerpo al pensar en otras manos tocándome, en otros labios besándome.

Aferro con fuerza las llaves e intentó concentrarme en la maldita cerradura que no deja de moverse, lo intento un par de veces, y por fin consigo abrir la puerta. Y los recuerdos vuelven a mí.

Esa primera noche con Sara terminó demasiado pronto. O tal vez fuera ya muy tarde, y la desesperación por separarme de ella, sin saber cuándo iba a volver a verla, hiciera que las horas que estuve junto a ella se volvieran efímeros segundos que pasaron con vertiginosa rapidez frente a mis ojos.

Sara se despidió de Alba, susurrándole algo al oído y haciéndola sonreír, luego se giró hacia mí y me dijo adiós con un gesto de la mano para después reunirse con los miembros del grupo, que ese momento comenzaban a recoger los instrumentos musicales, amplificadores y micrófonos.

No hubo entre nosotros más que esa escueta despedida, ningún beso amistoso, ninguna caricia disimulada. Pero... ¿Por qué iba Sara a tratarme de otra manera? Al fin y al cabo yo solo era uno más de los amigos de su hija.

Alba me sonrió, e intentó marcharse del local sin mí, pero yo se lo impedí, estaba decidido a acompañarla a su casa. Ya no quería ligar con ella, no. Ahora necesitaba saber donde vivía, conseguir su teléfono, su mail, su cuenta de facebook, lo que fuera con tal de mantenerme en contacto con ella... y con su madre. Me observó con los ojos entornados y negó con rotundidad... mi insistencia en acompañarla no le había gustado, apenas me conocía, y no se fiaba de mí.

Abandoné la sala de fiestas con el rabo entre las piernas y me dirigí al piso compartido en el que residiría durante los meses que durara mi beca.

Ese había sido el motivo de cambio de residencia. Un trabajo de becario con el que pensaba conseguir experiencia... y, si tenía suerte, quizá un curro decente. Pero, esa nueva experiencia que tanto me había emocionado hacía apenas veinticuatro horas, ahora ya no cautivaba mis pensamientos. Estos estaban centrados en Sara.

Pasé la noche en vela, obsesionado por encontrar la forma de volver a verla, de volver a escucharla cantar y fundirme en los matices sensuales de su voz, de sentirme de nuevo hipnotizado por los movimientos de su cuerpo, por el sinuoso recorrido de sus dedos sobre el micrófono.

Cuando el despertador sonó al día siguiente, me levante del sillón en el que había pasado la noche pensando, me duché para intentar conseguir mejor aspecto del que tenía y acudí a mi nuevo destino.

Jamás hubiera podido imaginar lo que este me deparaba.

Entro de puntillas en la casa de mi hermano, pero todo me da vueltas, siento como si las paredes se combaran sobre mí, cercándome, robándome el equilibrio, haciéndome tropezar. Escucho un ruido, es Ariel, la sirenita de la que está locamente enamorado Darío. Está diciendo algo, pero no soy capaz de entenderla, imagino que ha llamado a mi hermano, ya que este aparece frente a mí con cara de malas pulgas... más o menos la que tiene siempre. Es un tipo muy serio este hermano mío.

—¿Qué te pasa Héctor? —Le escucho preguntarme.

—Creo que he bebido una copa de más —respondo con mi lengua de trapo.

—¿Una solo?

—Voy a vomitar —le advierto, dejando caer la cabeza sobre su hombro.

Mi hermano me mira aterrado, hace años que no ve tan borracho. Sin pensarlo un segundo pasa sus musculosos brazos por debajo de mis axilas y me lleva hasta el baño, sin dejar de amenazarme con las cosas terribles que me ocurrirán si le mancho el suelo de vómito. Ah, pobre, le va a tocar fregar, porque no me siento capaz de llegar hasta el inodoro.

Ariel nos sigue, observándome preocupada, casi prefiero que me mire enfadada, no me gusta asustar a la chica de mi hermano, es una sirenita encantadora. Casi tan encantadora como mi Sara... Ninguna mujer es tan hermosa como ella, tan perfecta, tan... especial. Y yo he metido la pata hasta el fondo esta noche. He hecho algo que nunca debí intentar hacer.

—Elegí mal —consigo decirle a mi hermano mientras las nauseas se hacen cada vez más fuertes. Sé que Darío me escuchará, él me dirá lo que tengo que hacer ahora, me aconsejará como salir de este bache lleno de mierda—. No tenía que haberla escogido rubia, tenía que haberla buscado morena, pero pensé que no estaba bien follarme a una morena y me intenté follar a una rubia, y mira lo que ha pasado... Da, no me aprietes la tripa, voy a vomitar.



—Aguanta un par de metros, ya casi estamos.

Pero no aguanto. Expulso todas y cada una de las copas que he tomado sobre la alfombra del lavabo. A medio metro escaso del retrete. Y luego me derrumbo en el suelo.

—¡Miércoles! —Me gruñe Darío—. ¿No podías haber esperado un segundo?

—Da, no le regañes —le amonesta Ariel—. ¿No ves como está?

—Claro que lo veo, por eso justo le estoy regañando.

—Hola sirenita —Saludo a mi cuñada, agradecido por su inesperado apoyo, luego intento centrar la mirada en mi hermano quiero que él sepa que yo también tengo a alguien especial—. Yo también tengo una sirena, pero no me quiere. Por eso me he buscado otra, pero me equivoqué al elegir.

—Héctor, estás como una cuba.

—No. Estoy como un botijo. Si estuviera como una cuba, me la habría follado, pero no estoy lo suficiente borracho —afirmo cerrando los ojos, arrepintiéndome de mis palabras en el mismo momento en que salen de mi boca.

—¡No se te ocurra dormirte! No pienso llevarte en brazos hasta la cama.

—No lo hagas, aquí estoy bien —contesto acurrucándome entre el lavabo y el bidé, cualquier sitio es bueno para dormir la mona.

—¡Héctor, levanta! —grita cogiéndome las manos y remolcándome hacia el cuarto, hacia la cama—. Vamos, hermano, no te voy a dejar aquí tirado, aunque lo merezcas.

—Me da lo mismo si lo haces, estoy acostumbrado.

—Héctor, ¿Quién te ha dejado tirado? —Me pregunta con dulzura Ariel.

—Mi sirena.

—¿Tu sirena? —Me interroga Darío a la vez que me levanta y acaba cargándome sobre sus hombros.

Siempre hace eso, cuando tengo algún problema me deja apoyarme en él, y no sé cómo, todo se soluciona. Ojalá esta vez ocurra lo mismo.

—Sí. Es tan guapa como la tuya, pero morena. Y canta como los dioses. Pero no me hace caso. Dice que soy un niño. ¿Soy un niño, Da? —Miro a mi hermano mayor esperanzado, él siempre sabe todas las respuestas... aunque a veces es un poco obtuso.

—En estos momentos, prefiero no decirte lo que pienso.

—No seas tonto, Da. Claro que no eres un niño, Héctor. Eres un hombre muy guapo y cariñoso —Me consuela mi cuñada a la vez que le da una colleja a mi hermano.

La adoro, es la única persona sobre la faz de la tierra capaz de poner en su sitio a Darío.

—¿Entonces porque no me quiere? —Le pregunto a Ariel, quizá ella sepa la respuesta.

—Porque es tonta —afirma Darío.

¡Ese es mi hermano mayor! Miradle bien, es el mejor tipo del mundo... pero esta vez está equivocado.

—¡No! Ella no es tonta. Es demasiado lista —Confieso avergonzado—. Y yo soy un tonto por haber intentando follarme a otra. ¿Sabes cuánto tiempo llevo sin mojar?

—Ni idea, y tampoco quiero saberlo.

—Más de un año. Un hombre tiene sus necesidades, y yo, el que más. Pero cada vez que me acercó a una chica, pienso en ella, y no puedo hacer nada. Hoy me he emborrachado, decidido a quitármela de la cabeza, y mira como he acabado. Sabes, Da, estar enamorado es un asco —le digo cerrando los ojos y comenzando a roncar, sé que él me meterá en la cama y me arropará... y quizá mañana entre los dos, encontremos la solución a esta amarga situación que me está arrebatando la vida.



